XXIV PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE TALAVERA DE LA REINA

D. JUAN IGNACIO ZOIDO ÁLVAREZ

Edita: Junta de Hermandades y Cofradías de Semana Santa de Talavera de la Reina

Portada: Cristo Resucitado, azulejería de la Basílica de Nuestra Sra. La Virgen del Prado de Talavera de la Reina

Imprime: OID Organización Impulsora de Discapacitados

EL REENCUENTRO

Ocurrió hace unas pocas semanas. Una mañana cualquiera. Tardó, seguro, más de lo debido, pero no siempre somos dueños de nuestro tiempo y bien está lo que bien acaba.

Llevaba mucho tiempo, demasiado, sin regresar a esta tierra que tanto me dio y a la que tanto debo. Años de recuerdos sin la oportunidad de revivirlos. Quizás era por eso, porque era ya imposible volver a vivirlos con la alegría de entonces, por lo que se me hacía difícil la vuelta y buscaba siempre la excusa para retrasar el encuentro.

Pero ocurrió una mañana. Responsabilidades ineludibles me hacían regresar. Y volví al rincón de los recuerdos. Llegué a Toledo y, desde la balconada impresionante de su Parador, rememoré aquellos años maravillosos que pasé entre vosotros.

Desde aquella atalaya de emociones fui reviviendo uno a uno días de alegrías que ya no volverán, por más que se sumen otras nuevas. Volver a esta tierra es volver a la emoción, a los recuerdos, es como regresar a la juventud que se marchó sin avisar, a aquellos días de sonrisas y plenitud.

Vuelvo hoy a corazón abierto, sin capote que me permita sortear la embestida del toro que hoy me ponéis en suerte. Vuelvo para proclamaros mi Fe, mis vivencias, mis emociones, para compartir con vosotros la misma penitencia que cada uno disfrutáis delante de vuestros Titulares y para, junto a vosotros, colocarme el antifaz, coger mi cruz y caminar para testimoniar la verdad de nuestra Fe.

Porque, al final, aunque a veces puedan distraernos otras rutinas, esa es la única razón verdadera de estos días: conmemorar la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor y dar público testimonio de nuestra Fe.

Hoy viene un nazareno de ruán
desprovisto de toda indumentaria
hoy viene un nazareno de Sevilla
buscando oraciones y plegarias.

Ni maleta ni equipaje necesito,
en esta travesía toledana
me bastan los recuerdos de una etapa
mi túnica, mi antifaz y mi medalla.

Hoy llego a Talavera tras los pasos
de Aquel que todo puede y todo manda,
un cirio, un rosario y mis silencios
suficientes compañeros de batalla.

Vengo a proclamar a los cuatro vientos
la Paz que estallará en una semana,
los Jardines del Prado con los niños
llenando de inocencia sus murallas,
la Espina atravesando corazones
y la gloria de encontrar a la Esperanza.

Hoy vengo a compartir mis emociones
a hablaros de mi Fe y de mi infancia
a deciros que en tan sólo siete días
en gozoso repique de campanas
la luz estallará en nuestras calles
y llenará nuestra vida de plegarias.

Hoy vengo a proclamaros la alegría
que Talavera inquieta ya esperaba:
para encontrarnos con Cristo en las calles
solamente nos falta una semana.

SALUDOS Y AGRADECIMIENTOS

Excelentísimo Señor Vicario de Talavera de la Reina.

Excelentísimo señor Delegado del Gobierno en Castilla La Mancha.

Excmo. Sr. Delegado de la Junta de Comunidades en Talavera de la Reina.

Excelentísimo señor Alcalde.

Señor Presidente de la Junta de Cofradías y Hermandades de Talavera.

Queridos Hermanos Mayores y representantes de las distintas Cofradías y Hermandades de Talavera.

Cofrades, amigos todos.

“El Señor no da una carga que no puedas llevar”. Estas palabras del Papa Benedicto siempre han estado muy presentes para mí, especialmente en esta última etapa, ante el escenario que me planteaban los nuevos retos.

Cómo ha cambiado mi vida y cuánto tengo que agradecer. Y precisamente cuando me encontraba totalmente imbuido en mis nuevas responsabilidades, me llega la invitación para compartir con vosotros esta noche. Y de nuevo las palabras del gran Papa alemán volvieron a estar muy presentes a la hora de aceptar vuestra generosa invitación.

Gracias a la Junta de Cofradías y Hermandades de Talavera de la Reina por su confianza y su nombramiento, intentaré estar a la altura de vuestra generosidad y de lo que Talavera merece.

Y gracias a ti, querido Ángel Mariano, por tu empeño y tu constancia para que este sueño se hiciera realidad. Gracias, porque con tu invitación me has ayudado a echar el freno en el vértigo de mis actuales responsabilidades para pararme a pensar, a reflexionar sobre nuestra Fe y para analizar nuestro compromiso con los demás.

Gracias, porque este Pregón me ha servido para hacer un análisis interior, para recuperar recuerdos y emociones y poder plasmarlas sobre las cuartillas que esta noche humildemente os presento.

Y gracias a Talavera por su cariño, por su aliento y por su apoyo. Por brindarme la oportunidad de este gozoso reencuentro, de anunciaros aquello que tanto significa para vosotros.

Siento la misma ilusión que me ha acompañado en estos meses, unidos a la emoción del momento que ahora comparto con todos vosotros. Pido al Señor que me ayude en esta hora como me ha socorrido en esas noches de papel en blanco e ideas desordenadas.

Y a vosotros, queridos amigos, os pido vuestra benevolencia con este Nazareno de ruán que llega al atril asido a los pilares que sustentan su vida: su Fe y su familia. Gracias por tanto a ellos, que soportan con verdadero amor la distancia y la ausencia.

A mi mujer, indiscutible cirineo de mi vida; a mi hijos, orgullo de quien os habla; a mis nietos, ilusión y esperanza, razón de nuestro trabajo para procurarles un mejor mañana; y a mis padres, que forjaron a quien hoy en día soy transmitiéndome unos firmes valores que siempre me acompañan. Ellos me enseñaron a mí y a mis hermanos que con trabajo, esfuerzo y perseverancia, todo es posible en la vida.

Gracias a todos por compartir conmigo esta Estación. Os invito a caminar juntos, a recorrer de la mano las calles de nuestra ciudad, a descubrir sus secretos y llenarnos de la magia de contemplarla, en silencio, bajo el anonimato de nuestro antifaz.

SEVILLA Y TALAVERA, CIUDADES QUE SE MIRAN

Miro vuestras calles y no puedo dejar de pensar en la ciudad de mi alma. Estudio vuestra historia y veo reflejada la de la ciudad que tanto amo. Contemplo vuestra tradición mariana bajo la advocación y la devoción a la Virgen del Prado y veo a mi hijo Fernando a los pies de mi Virgen de los Reyes.

Disfruto de vuestra cerámica y pienso en Triana, cuna de artesanos y alfareros. Esa Triana que tan presente está en vuestras vidas y que os guía desde la cerámica que os muestra el rostro de la más dulce Esperanza.

Talavera y Sevilla, dos ciudades hermanas en su historia, en sus tradiciones, en sus gremios y en su amor a la Virgen. Dos ciudades conventuales que tanto recibieron de quienes decidieron dedicar su vida a la oración y la entrega a los demás. Dos ciudades articuladas por la vida de un río que une, ensambla y vertebra la ciudad. Cauces de amor que llenan nuestras calles de alegría, espejos en los que la ciudad se mira para nacer cada mañana, recuerdos de nuestra mejor historia y símbolo del futuro más prometedor.

Talavera y Sevilla, dos ciudades que hoy se unen para compartir la más bella Estación de penitencia.

Los nervios marcan la hora. Llegó el momento. Comienza el rito, no por repetido menos íntimo; no por conocido, menos emocionante. Cuando la tarde asoma, comienza el rito. En familia. En la intimidad de un salón perfectamente preparado, altar de insignias: túnicas, espartos, esclavinas, el cesto del pequeño, las papeletas de sitio, la medalla, el viejo cordón gastado de tantos Viernes Santos…

Todo perfectamente dispuesto por las manos amorosas que no sólo cuidan del hogar sino que, en esa tarde, se hace camarera de nazarenos y monaguillos.

No hay otro momento en el año como ese en el que, junto a tus hijos, te vistes de nazareno. Antes de salir de casa, la foto que dará fe pública del momento, el beso a la esposa y la mirada a la túnica que se queda colgada, demasiados años ya, a la espera de que una nueva generación esté lista para vestirla con la misma emoción y el mismo amor de quien la dejó antes de tiempo.

Antifaz puesto, primeros pasos por las calles camino de la Iglesia. Comenzamos, un año más, una nueva Estación de penitencia.

EL TIEMPO Y LA VIDA

La Estación de Penitencia es un diálogo entre Dios y el hombre. Ese Dios al que tantas veces abandonamos y el hombre que se transforma ante la humildad de la túnica nazarena. Y en esa contemplación de Cristo, viviremos el estadio de la conversión, en el que sentiremos que somos llamados por nuestro propio nombre.

La Estación de penitencia nos marca el tiempo de la vida. Ese tiempo que tiene tantas aristas como corazones lo sientan. El que se nos va de las manos desde que recibimos una cruz de ceniza en la frente y nos encontramos con los primeros nazarenos por nuestras calles.

Tiempo de ensayos de costaleros y de preparativos en las casas de hermandad. De noches de trabajo callado, de Cultos, de sones de las bandas ensayando y de convivencias entre los hermanos.

El tiempo que parece que no avanza en los niños que esperan ilusionados su primer capirote y su primera túnica. El de esas personas mayores que este año no podrán vestirla y no quieren que llegue el momento de afrontar esa realidad. El de los miedos por pensar que no llegaremos, que este año se nos han echado los días encima y el calendario se deshoja a la velocidad del viento.

Y así vivimos, siempre en la tempestad de un tiempo que se nos va casi sin darnos cuenta, tan rápido como esta Cuaresma que va agotando ya sus últimos compases. “¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida?”, nos dice el Señor. Miremos a Cristo y detengamos el tiempo de las dudas y los agobios.

Aprendamos de la ilusión de esos jóvenes que llevan con amor desmedido a su Cristo del Mar cada Lunes Santo. Qué lección más hermosa nos ofrecen dando firme testimonio de su Fe. Qué compromiso más importante el de quienes saben compaginar sus obligaciones con su dedicación a los

demás en programas de voluntariado, atendiendo comedores sociales o entregando sus horas a quienes no tienen con quien compartirlas.

Esos mismos jóvenes que cada Lunes Santo levantan al Cristo del Mar mantienen su compromiso todo el año y atienden cada día a esos otros Cristos a los que nuestra sociedad tanta veces vuelve la cara.

Y frente a ellos, frente a esa ilusión de juventud, descubriremos a aquellos otros hermanos nuestros que viven "cautivos del tiempo".

La Hermandad de los Regantes nos muestra, cada Martes Santo, el rostro impresionante de Jesús Cautivo, que llega hasta nosotros con su zancada poderosa y su paso irresistible. ¿Por qué nos hacemos cautivos del tiempo y no cautivos de Cristo? ¿Por qué atamos las manos a este Jesús que viene a abrazarnos?

¿Somos capaces de aguantarle la mirada o se la volvemos como hacemos con aquellos que trastornan nuestra acomodada realidad? ¿Por qué nos agobiamos si tenemos la posibilidad de vivir bajo la Gracia y el Amparo de una Madre siempre atenta a nuestra llamada? La que nos ofrece su palio como cobijo, nos tiende su mano para levantarnos y nos da un rosario para hablar con Ella.

Necesitamos volver al Huerto con el Señor para hablar con Él, para recuperar la oración que perdimos y descubrir el sitio que realmente ocupa en nuestra vida. El Jueves Santo Talavera vuelve a su pasado, años de gremios y artesanos, y se transforma en un gran Huerto en el que encontrarse cara a cara con Jesús. No tengamos miedo a la oración, nos acerca a Cristo, nos consuela y nos fortalece.

El tiempo en la vida es un Calvario si sólo lo destinamos a nosotros mismos. ¡Misericordia, Señor, Misericordia!

Cae la tarde en este Viernes de Pasión y Muerte. Las calles de nuestra ciudad son testigos mudos, absortos, del traslado de Jesús al sepulcro bajo la luz vigorosa de la luna de parasceve. El silencio de la noche, sólo roto por el crepitar de pisadas de los nazarenos y el susurro de las oraciones musitadas a su paso, nos pone frente a frente con la imagen del cuerpo muerto de Dios.

La muerte de Cristo para el tiempo en una ciudad que no deja Sola a su Madre.

No hay Soledad en Talavera,

todo el pueblo la acompaña

la noche de primavera.

Recuperemos el control del tiempo y entreguémoslo a quienes viven deseosos de él. El tiempo de la vida. El tiempo de la familia. El tiempo de Dios.

Y tras un Viernes Santo de muerte y Soledad, Talavera resucita a la vida.

Que redoblen los tambores
que repiquen las campanas
que es mañana de Domingo
de Resurrección y Pascua.
En la huerta del Convento
rezan las Madres Benitas
anunciando a Talavera
que se cumplió su Palabra:
¡Cristo ha resucitado!
No hay sudarios ni mortaja,
hoy la vida a la muerte
le ha ganado la batalla.
Gloria para siempre, gloria,
que repiquen las campanas,
¡Cristo ha resucitado!
para ser nuestra Esperanza.

LA MIRADA INTERIOR

La Estación de Penitencia es un encuentro con nosotros mismos, de mirada interior y diálogo íntimo y sereno con Aquel al que vamos acompañando.

Es una mirada a nuestro quehacer de todo el año. Una reflexión de lo que hemos sido desde el momento en el que nos quitamos la túnica en casa un año atrás hasta este mágico instante en el que volvemos a vestirla para dar un nuevo testimonio de nuestra Fe. La reflexión de un año de alegrías y sinsabores, de aquellos proyectos que salieron y de los que no vieron la luz. De dar gracias por tanto y de pedir perdón por aquello que pudiendo hacer no hicimos.

Es nuestro momento. Humilde soledad de hábito nazareno, de cruz o luz en nuestras manos, de paso lento, de mirada perdida, de oración sincera, de recuerdo imborrable…

Cae la noche en Talavera en este miércoles de preces y silencios, de ruán y esparto, de faroles marcando el camino y cruz en el pecho como símbolo del Amor. Noche de oración sobre las romanas piedras de un puente que nos acerca a la Vida. Noche de conversión en la que asumir que nosotros dimos algunos golpes en esos clavos que te mantienen clavado en la cruz.

Arrodillados ante Él, descubriremos los rostros de esos hermanos nuestros a los que tantas espinas hemos clavado. Ayúdanos, Señor, a cruzar contigo el Puente, danos tu mano para no caer en las aguas del egoísmo y la indiferencia. Danos la humildad de descubrir tu luz en las tinieblas de nuestra vida y de buscar siempre la Paz con nosotros y para nuestros hermanos.

Hermanos todos porque así lo somos, vecinos en este Jardín del Creador, sin importar a quien recemos o incluso si no lo hacemos. Ya lo dijo el Papa Francisco: “Tenemos que estar cerca de los hombres y mujeres que, aunque

no se reconocen en las tradiciones religiosas, buscan la verdad, la bondad y la belleza".

Porque no hay nada más propio de quien abraza la Fe de Cristo que la comprensión hacia la diversidad. Él mismo lo dijo con bellas palabras: "No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados; perdonen y serán perdonados". No se trata de convencer a nadie, pero tampoco de pedir perdón por creer en lo que creemos.

Que la libertad sea igual para todos, que nadie se ofenda porque alguien no crea, pero que nadie ose tampoco ofender a quienes lo hacen. Porque tan injusta es una mayoría que pretende imponer su criterio como una minoría que trata de menospreciar a quienes no piensan como ella. Y recordemos que el respeto al derecho ajeno es la paz.

En la Colegiata de Santa María, descubriremos a ese Cristo que muere por nosotros. Postrados ante él, nos veremos reflejados en su rostro amoratado, espejo de nuestras almas. ¿Por qué juzgamos a los demás, sin mirarnos antes a nosotros mismos? Decía Santa Teresa: "Procuremos siempre mirar las virtudes y cosas buenas que viéremos en los otros y tapar sus defectos con nuestros grandes pecados. Tener a todos por mejores que nosotros".

Señor, que tu rostro sea el espejo en el que mirarnos. Que tu sangre derramada nos marque el camino de nuestra vida y que el ejemplo de tu Cruz sea siempre la medida del perdón que ofrezcamos a los demás y nos lleve a alcanzar la verdadera Paz que tanto deseamos.

Te pedimos Señora por la Paz entre las naciones, en nuestros pueblos y en nuestra patria y por los que dedican su vida a hacerla posible aún en el riesgo de perderla. Por la paz en nuestras calles, en nuestros hogares, en nuestras familias, en nuestras Hermandades. Danos, Madre, la fuerza de tu Paz.

“La Esperanza es el sueño de los que están despiertos”, decía Aristóteles. Y esa Esperanza la gozamos en Talavera cuando tras el cansancio de la noche, la Virgen regresa a su casa entre la emoción y el bullicio de su gente. La plaza estallará de júbilo cuando la Santa Mujer Verónica enjugue el rostro de Jesús y toda Talavera se llenará de Esperanza.

No entiendo la vida alejado de la Esperanza. Esa que os levanta cada mañana es la misma que me ayuda a superar las dificultades. La que nos acompañó en aquel octubre del dolor cuando creímos que nunca más se haría la Luz y la que protegió a Fernando en la cuna del hospital. A la que me encomendé cuando mis vecinos me otorgaron el mayor de los honores y la que miro cada mañana antes de iniciar el día.

Esa Esperanza que es referente en vuestras vidas también lo es para el Pregonero. La Esperanza es la razón de ser del cristiano, el faro al que agarrarse en las noches de tempestad y la brisa que disfrutamos en las mañanas de bonanza.

Siempre la Esperanza. La que encontramos en las lágrimas de las abuelas, en la oración de los jóvenes, en la sonrisa de los niños. La que llenó de alegría a quien con tanto amor esperaba un hijo, la que preside la cama de los hospitales, las mesillas de noche o la que llevamos arrugada en la cartera.

La misma Esperanza que mantiene en pie a quienes esperan el regreso del ser querido que un día desapareció sin que se supiera más de él o la que guía a esas víctimas del terror que exigen memoria, dignidad, justicia y verdad para los suyos, cuyo legado de libertad mantienen vivo para que todo el mundo sepa que Jesús siempre será Jesús y Pilatos siempre será Pilatos, que no hay confusión posible.

Pidamos a Jesús Nazareno, el que cargó nuestra cruz y caminó hasta el Calvario, que nos ayude a ser siempre Peregrinos de la Esperanza.

No recuerdo ni el día ni la hora
si era tarde, noche o madrugada,
ignoro por qué Ella y no otra
sólo sé que mi vida quedó anclada.

Desde entonces no conozco otro puerto
para dejar mis dudas atracadas,
los miedos del ayer se disiparon
la certeza inundó toda mi alma.

Ahora sé que si caigo, me levanto,
y te siento al nacer cada mañana,
ahora sé que mi vida va guiada
por el firme timón de la Esperanza.

EL AMOR DE UNA MADRE

La Semana Santa es un encuentro con la emoción. Desde que nos disponemos en casa a vestirnos de nazareno, todo son nervios, recuerdos y emociones.

Y durante nuestro caminar la vamos renovando en los rostros de los que esperan encontrarse con Cristo o su bendita Madre. El nazareno ve a su cofradía en los ojos vidriosos de todos aquellos que esperan su llegada.

La soledad de la Estación sólo es rota por la ilusión del encuentro imposible. Aún recuerdo, en aquellos años de mi niñez, la alegría que sentía cuando me encontraba con algún amigo del colegio y, dándole un caramelo, le estaba diciendo de forma orgullosa "voy de nazareno y esta es mi Cofradía".

O la emoción cuando nos acercamos a la calle en la que sabemos espera la familia. En sus caras, en sus ojos, adivinamos la ilusión de encontrarnos bajo el antifaz, la ternura del abrazo prohibido, el amor del beso imposible sobre la frente, la pena de quien no puede acompañarnos, la preocupación de cómo irá quién lleva achaques pero se negó a dejar de salir, si tendrán hambre o sueño los pequeños… En fin, tantos sentimientos agrupados en el instante del saludo efímero, en la mirada furtiva bajo el antifaz…

Son miradas orgullosas, entregadas. Avituallamiento de amor necesario en momentos de soledad.

Esa madre que espera nerviosa la llegada de su hijo, al que descubre de lejos por sus andares, por la forma de llevar el cirio, por el brillo de sus ojos…

Esas madres que cada Domingo de Ramos estrenan ilusiones mientras sus hijos estrenan capirotes. La Borriquita es la hermandad de todos. De los niños, de los mayores, de las madres, de los amigos, de todos los que siempre hemos querido vestir esa túnica blanca de la inocencia y la ilusión.

Y ni la Virgen del Prado quiere perderse este estreno de ilusiones blancas. ¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta?, nos dice el Profeta.

El discurrir del paso de la Borriquita por los Jardines del Prado nos traslada a esa Jerusalén en la que Cristo entró a lomos de un borriquillo. Hoy Talavera es la nueva Jerusalén de Occidente que abre sus puertas a Cristo para que entre, pase y se quede. Abramos las puertas a Cristo, dejemos que entre en nuestros hogares y, sobre todo, dejemos que los niños se acerquen a Él. El mejor camino para nuestros hijos es aquel que les conduce al Padre.

La Borriquita es mucho más que una Cofradía, es un testimonio del relevo generacional, la constancia de la semilla sembrada en tierra fértil, la certeza de la perdurabilidad de una tradición que se cuenta por siglos. La Borriquita muestra la alegría del Evangelio, ese espejo en el que nos miramos y refleja la Semana Santa de nuestra niñez.

Ver la Borriquita es volver a nuestros tiempos de pantalón corto, de patio de colegio y de tardes interminables de juegos con los amigos.

Y de los niños a los jóvenes. De la alegría de la Entrada de Cristo en Jerusalén a los Dolores de su Madre. Aquellos niños que abrieron el Domingo de Ramos y llenaron de luz los jardines del Prado, se hacen jóvenes el Jueves para socorrer los Dolores de la Virgen. Ellos, conocedores de los sufrimientos de una madre quieren, en este Jueves Santo, ser costaleros para llevarla por las calles de Talavera.

Los dolores de una madre sólo pueden entenderlos ellas, ángeles de la guarda entregadas sin medida a sus hijos, realizando cada día esa estación de penitencia personal que con nadie puede compartir: el dolor del que partió sin avisar, la ruina que a su casa llegó el día que las drogas entraron en la habitación de su hijo, las visitas semanales a aquella prisión y las noches en soledad de la cama sin deshacer, la enfermedad, el paro, el matrimonio que se rompió y que dejó a unos pequeños como instrumentos de una guerra que no entendían y huérfanos de la alegría de una mañana de Reyes o aquella carretera que no permitió terminar el viaje. Los siete dolores de una Madre que sabe desde el instante que en el hospital ve la cara de su hijo y lo acuna en su pecho que nada ya será lo mismo.

En esta tarde de Jueves Santo, en la que Cristo se nos ofrece como Pan para la vida eterna, los jóvenes de Talavera acuden al encuentro con su Madre, esa cita de amor ya obligada en el corazón de cada uno de ellos. Cada chicotá es una acción de gracias; cada levantá, la promesa de un amor perpetuo, cada esfuerzo, una oración musitada…

Ni cera, ni joyas ni flores

esta tarde Madre Mía

te ofrezco la carga mía

"pá" aliviarte tus Dolores.

Costaleros de un Cristo Vivo son estos jóvenes de Talavera que saben que el resto del año hay que seguir levantando a aquellos que tropiezan en las piedras que nosotros mismos colocamos… La familia es la mejor escuela en la que formar a estos costaleros que, durante todo el año, levantan con alegría la bandera de su Fe.

La familia es la escuela para la transmisión de la devoción a nuestras imágenes. Iglesia doméstica en la que enseñar una Fe que no se impone, se propone; que nos hace mejores, que nos colma las ausencias y nos llena de Esperanza. Qué tristeza la que siente el nazareno el día que le faltan esas manos que durante tantos años le colocaron la túnica, le ajustaron el

cíngulo y lo preparaban todo para la hora y el momento exacto. Qué duras son esas ausencias…

Familia y Hermandad, binomio perfecto para la transmisión de una tradición como la de Los Alfareros, que hicieron de su gremio el vehículo vertebrador de la vida de la ciudad y sus oficios.

La cerámica es el lienzo que recoge la historia de Talavera. Sus hornos, el fuego en el que cocer un oficio heredado de generación en generación, donde el esfuerzo, la constancia y la voluntad son las herramientas de trabajo para mantener vivo el legado recibido.

Santísimo Cristo de la Voluntad, ruega por nosotros. Protege a esta ciudad tuya que te ama, que te reza, que te siente y te tiene como Padre. Ayúdanos a entender tu voluntad y a hacerla nuestra. Enséñanos a confiar en Ti, en tus designios y en tus momentos. Instrúyenos para descubrirte en los demás y tratar al hermano como te trataríamos a ti, a agarrarnos a esa Cruz de tu Pasión para por tu muerte alcanzar la gloria de tu Resurrección.

ORACIÓN FINAL

Ya entró la Cofradía. Se cerraron las puertas del Templo y el paso quedó definitivamente detenido. En el ambiente se palpa ese aire denso de final de la Estación de penitencia donde combaten el olor de la cera recién apagada, las últimas nubes de incienso y los agónicos carbones que se resisten a consumirse.

Entre los abrazos de los hermanos, felices tras cumplir de nuevo con la Regla, se observan rostros cansados, se escucha el eco de las últimas oraciones y se disfruta aún el aroma de las flores que tímidamente empiezan ya a marchitarse.

La última mirada a nuestros Titulares, la despedida de aquel hermano que quizás no volvamos a ver hasta que nos encontremos de nuevo vestidos de nazareno y una última señal de la cruz antes de volver a colocarnos el antifaz para iniciar el regreso a casa en esa última chicotá de soledad.

En ese camino de vuelta, los años y el cansancio provocan ir cerrando el pequeño grupo de nazarenos y monaguillos que regresan, lo que permite disfrutar de esa visión del relevo generacional. Con profunda emoción recorre el nazareno los últimos metros hasta el hogar, observando delante de él la juventud de sus hijos, herederos del patrimonio emocional que cobija nuestra Semana Santa y sucesores de una tradición que él ha intentado transmitir con el mismo celo y el mismo amor que recibió de sus mayores.

Ya en casa, el abrazo emocionado a quien los recibe con esa mezcla de orgullo y satisfacción, con esa ternura de esposa y madre preocupada, con ese amor de quien sabe que ha vuelto a cumplirse el rito. Y cómo no, una nueva mirada a aquella túnica que se quedó colgada, que no sabe de arrugas y de cansancio y que espera una nueva generación para salir a la calle.

De nuevo quedan dispuestas las túnicas en aquel altar de insignias familiar con la huella de lo vivido. Las arrugas y las manchas de cera acreditan la realidad de este sueño que va tocando a su fin.

Se ha cumplido de nuevo lo que sin estar escrito se sabe; lo que sin estar dispuesto, se asume; lo que sin ser obligado, se desea. En familia, ese vehículo de transmisión de la fe y la tradición. Ese es el legado que dejaremos a nuestros hijos.

La Semana Santa nos trasciende, somos un eslabón de esa cadena de fe que lleva varios siglos vertebrando nuestros pueblos. Nuestra única misión es legarla con la misma fidelidad que la recibimos, con el mismo amor que descubrimos en nuestros padres, con la misma emoción que la hicimos nuestra hace ya tantos años.

Aquí queda este pregón. Mi última oración es para ellos, para lo que comparten conmigo el rito, para los que hacen posible esa transmisión de la fe y para los que recibirán mañana el testigo que un día yo tomé prestado.

Cumplida otro año más nuestra promesa,

mi última oración ya de regreso

por aquellos que preceden mi camino

por aquellos que conmigo compartieron

otro año de rito y de memoria,

otra noche de oraciones y silencios.

Hoy doy gracias a Dios y a Talavera

por hacerme esta noche pregonero

y compartir con vosotros, entre vosotros,

pensamientos, reflexiones y deseos,

recuerdos de una vida y una infancia

ordenados al calor de vuestro pueblo.

Ese pueblo que reza y que pregona
que proclama sin temores ni complejos
su Fe, su Pasión, sus devociones;
Talavera de la Reina y de los sueños
donde dejo mi oración emocionada
y mi orgullo al vestir de nazareno.

He Dicho

Se terminó de escribir este Pregón en la noche del 19 de marzo de 2.017, festividad del Señor San José, para ser leído en el Teatro Palenque de Talavera de la Reina el día 31 de marzo, festividad de San Amós.

Presentó al pregonero, Dña. Rocío López
directora de la Fundación Pluralismo y Convivencia

PROGRAMA MUSICAL

- Amarguras, *Manuel Font de Anta.*

- Soleá dame la mano, *Manuel Font de Anta*.

- La Madrugá, *Abel Moreno Gómez.*

- Caridad del Guadalquivir, *Paco Lola*.

- Himno nacional.

A cargo de la Banda de Música de Talavera de la Reina
dirigida por el maestro D. Valentín Esteban Reollo